



NÚM. 112

BARCELONA. 29 JUNIO 1901

25 CÉNTS.

Ayuntamiento de Madrid



MARIETA

*A mi querido amigo don
Octavio Morrieta, en pren-
da del fraternal cariño que
le profeso.*

VICTORIO

Desde el alto cielo la burlesca llebe
alumbra á la tierra;
á las florecillas el céfiro suave
repite sus quejas:
el mar á lo lejos se escucha salvaje
isimiendo la arena;
y aunque es del invierno la estación horrible
la noche es serena,
y parece, tranquila y hermosa,
que es de primavera.
Las doce repite con ritmada pausa
que los buenos bicia,
el reló enclavado en la lingüete torre
de la villa Iglesia,
cuya redonda es iluminada
transparente esfera,
parece á lo lejos de un inmenso monstruo
la milia ciega,
con que vigilante en alternas noches
por el pueblo vela.

De pronto el ruido que al girar produce
una vieja puerta
que da entrada fácil á un jardín precioso
desde una calleja,
el silencio rompe en que está sumida
la vetusta aldea.
Una hermosa joven, vestida de blanco,
tan joven cual bella,
que sobre sus hombros aun lleva pendiente
ondulante trenza,
de blondos cabellos que en su frente caen
en rizadas hebras,
al umbral se asoma, temiendo alu duda
no ser descubierta.
Y á una fosfocilla casi imperceptible
que en el aire suena,
acude amoroso, de repente, un joven
de figura esbelta:
y en dulces coloquios exponiendo ambos
su amor y sus penas,
pasaron las horas de la larga noche,
y á poco se caitera...
el sol excelente que ya comenzaba
su eterna terea.

Ella era Marieta; de todo el contorno
la niña más bella;
azules sus ojos y rubio el cabello,
su cara plañeja;
él era Laureano, un rudo marino
con la tez morena;
de un alma muy noble, franco y expansivo
como el que navega.
Y al decir de algunas escudriñadoras
y malditas viejas,
nadie vió en el mundo desde Adán á entonces
más linda pareja;
porque parecía que fueron creados
por la Providencia.

los dos para amarse. ¡cuánto se querían
Laureano y Marieta!

Ya marcha Laureano; el buque del puerto
ya sala, se aleja;
y grande al principio ya luego se torna
perceptible apenas.
El viento provoca su rápida marcha
bincando sus velas
¡Qué ligero avanza! ¡Cómo se repara
de la firme tierra!
Marieta, angustiada, con la vista sigue
la brillante estea
que deja el navío por la superficie
de la mar inmensa.

¡Ya son muchos meses que marchó Laureano!
¡ay, pobre Marieta!
¿dónde fué el navío, á que luengas costas
que ya no regresa?

¿Qué se olvidará acaso Laureano,
en su larga ausencia,
de la pobrecilla que sus viros soñando
con sus mil promesas?

¡Ya pasan los años: Laureano no vuelve
¡ni el buque regresa!
Marieta, no obstante, conada en Laureano
¡espera y espera!

Y aunque á nadie puede ya casi caberle
la menor sospecha
de que sucumbieron en horrible lucha
con el agua fiera,
de ella no se borra jamás la esperanza
de verlo en la puerta
del jardín hermoso, donde tantas veces
acudía á verla;
cuando de las doce con ritmada pausa
que los huesos hiele,
el reloj enclavado en la ingente torre
de la vieja iglesia.

¡Y aun leja á aguardarle llena de esperanzas
la pobre Marieta!

¡Y pasa las horas y pasa las noches
en espera eterna!

¡Allí nadie acuda, ni su buen Laureano!
¡su ilusión entera!

¡Ay, y cuando siente el menor ruido
se forma la idea

¡ay, pobre! que vuelve, que escucha sus ruegos,
y de que le apríeta

con sus amorosos y anhelantes brazos
contra el pecho de ella!

¡Y pasa las horas de las largas noches
diciendo sus quejas,
sus tristes amores, á cuantos objetos
á ella le rodean!

¡Loca está Marieta, la pobre muchacha
tan joven cual bella,
que sobre sus hombros su lleva pendiente
ondulante trenza

de bonitos cabellos que en su frente caen
en rizadas hebras!

¡Loca está la pobre! Y al verla las gentes
repten con pena:

—¡Ay, qué desgraciados fueron los amantes
¡ay, pobre Marieta!



VICTORIO DE ANASAGASTI



EL PRIMER PLEITO

El señor de Pedralba que había sido desenfrenado calavera en su juventud, sentó plaza de hombre juicioso cuando los años le obligaron a serlo, porque el diablo suele meterse á fraile, no cuando está harto de carne, sino cuando está falto de dientes; y era tan grande el temor que sentía de que su sobrino Andrés pervirtiera, como él, sus años juveniles, que le tenía rodeado de sabios preceptores, honestos clérigos y personas graves, y hasta le había prohibido que se asomase á los balcones, por temor de que mirase ú oyese alguna cosa que quebrara la vasija de su castidad; pero como á aquel á quien Dios no le da hijos el demonio le da sobrinos, éste era de la piel de Satanás y sabía por instinto cuanto pide la naturaleza para pasar buenos días y mejores noches.

Tanto sabía el muchacho, que hasta sabía ocultar lo que era bajo el disfraz de lo que querían que fuese, y su tío lo presentaba á sus parientes como modelo de virtud adulta, porque ya tenía el chico diez y ocho años cumplidos y barbados.

Aprobó á duras penas el bachillerato y el primer año de leyes, pero en el segundo tropezó con un suspenso, y otro, y otro achacando á mala voluntad de los profesores lo que era falta de voluntad en él, por lo cual el tío le ordenó que se matriculara en la Universidad de Granada, y allí le mandó con un preceptor que se encargó de custodiar mercancía tan frágil.

Se lia á ba el preceptor D. Tadeo y era hombre de cincuenta años, bajo, regordete, sentenciador contumaz y sempiterno, pedante consumado y glotón sin igual, por tal manera, que yendo con Andrés solía pararse enfrente de los escaparates de las fondas, y allí, delante de un plato de cangrejos ó de ostras, derrochaba sus conocimientos sobre historia natural, ensalzando el poder fosfórico de los mariscos, la benéfica influencia que tenían sobre la sustancia gris, madre del pensamiento; la fácil asimilación de aquellos principios químicos por el organismo, que ávidamente los codicia; y ponía fin al discurso diciendo á su discípulo:

— Deben estar muy ricos. ¿Entramos?

Así que estaban en la mesa, el hombre se animaba, los ojos le echaban lumbre, la boca se le hacía a:na, y como en Granada no tenía delante al tío de Andrés, que con su presencia ponía coto á las demostraciones de su gula, el bueno de D. Tadeo daba libertad á sus instintos y parecía un borrico hambriento y libre sobre un campo de alfalfa; le entraba la fiebre gastronómica, comía con los ojos y con la boca, mientras con el pensamiento saboreaba las delicias que le brindaba el plato que venía detrás. Andrés, que conocía estas debilidades, se valía de ellas como de una brida para conducir, á su antojo, á su docto preceptor, y con el cebo de la comida le llevaba de un lado á otro, hasta que díe con él en casa de unas señoras, de cuyo trato se proponía Andrés mayores satisfacciones.

El preceptor olió el gatuperio y se opuso muy seriamente á tales aventuras, y aun amenazó al muchacho con revelarlas á su tío; pero á estas amenazas respondió el pollo con la perspectiva de un menú,

que dió al tratarse con los rectos propósitos del preceptor. Desde entonces convinieron en un tácito concierto, por el cual Andrés ponía á D. Tadeo una mordaza en los labios, á condición de taparle también la boca del estómago.

Al regresar á Madrid, llevaba Andrés los aprobados prendidos con alfileres y á una damisela cosida á espumante, por lo cual decía el preceptor maliciosamente al tío de Andrés:

—Este muchacho vale mucho; siempre consigue aquello que se propone; tiene una penetración...

Y el sobrino, que era más solapado que el dómíne, respondía, bajando los ojos:

—Bien sabe Dios que si no hubiera sido por D. Tadeo, no hubiera conquistado nada; pero este hombre tiene un pico de oro.

El tío, que penetraba el sentido de todas aquellas pullas, se deshacía en elogios del sobrino y del preceptor y como le costaban muy baratos los servicios pedagógicos de D. Tadeo, consintió en que siguiera siendo maestro y consejero de Andrés, hasta que éste acabase su carrera.

Vivía el sobrino en un entre suelito de la misma casa del señor Pedralba, donde tenía su cuarto de soltero, y á donde el tío hacía á todas horas frecuentes visitas, valiéndose de una llave que se mandó hacer para entrar allí de improviso cuando le pareciera, porque aquellos cuartos de soltero evocaban en la memoria del experimentado anciano recuerdos pavorosos.

Para prevenir las asechanzas del tío, D. Tadeo y el sobrino tomaban la manzanilla y el champagne en tazas de te, para ocultar con la forma la lubricidad del fondo, y casi siempre que entraba el tío replicaba el preceptor:

—Nos encuentra usted tomando una taza de te; este muchacho, con tanto estudiar, se resiente del estómago, y necesita el principio aromático llamado teína, que favorece la digestión, excita un poco los nervios y auxilia la secreción de las glándulas...

—Bueno, bueno,—respondía el tío, queriendo librarse de aquel chaparrón de conocimientos científicos gastronómicos en que era tan fuerte el bueno de D. Tadeo, y con los cuales amenazaba siempre al señor Pedralba cuando quería echarle pronto del cuarto.

Cierta noche en que Andrés tenía de visita á aquella damisela venida de Granada, oyó chirriar la cerradura, que así le anunciaba la inquisidora visita del tío, con lo cual el profesor se puso pálido y el sobrino lívido.

—¡Mi tío se nos viene encima,—exclamó Andrés, con el mismo espanto que si dijera: ¡La tierra se hunde! El preceptor se abalanzó hacia la puerta, y deteniéndose al señor Pedralba, le dijo emocionado:

—No entre usted: el muchacho tiene una visita; una elevada dama. Se trata de un pleito... ¡el primer pleito!

—¡Antes de acabar la carrera!

—Es que esta señora... viene á hacerle media consulta... es decir, una consulta sobre cuestión de trámites... cosa de poca monta...

—¡Ya!

—Escuche usted, si quiere, detrás de esta cortina.

Diciendo esto el preceptor cogió rápidamente un libro de Derecho, se acercó á Andrés y dijo:

—Esta señora pleitea y te consulta. Toma y lee, el tío escucha.



En cuanto dijo estas palabras volvió junto al señor de Pedralba, y dándole un golpecito en el hombro, exclamó:

—Ahora verá usted que disposiciones tiene el muchacho.

—¡Me parece que huele usted á vino!—exclamó el tío escamado.

—No, señor; es el te, el te que junto con los jugos gástricos, pancreáticos y otras secreciones...

—Bueno, bueno.

Andrés que era listo, se hizo cargo de la situación con las breves palabras del domine y comenzó á imaginar un plan, á abrumar con improperios á la parte contraria y á leer y releer artículos del Código civil, mientras iba poniendo las botellas y los vasos debajo de la mesa para que el tío no se enterase.

Entró después el señor de Pedralba, felicitó á su sobrino, saludó á la dama, dió un golpecito en la espalda al preceptor, y se alejó de allí diciendo:

—¡Qué coincidencia! ¡Qué coincidencia!

A los pocos días fué Andrés á visitar á la damisela, y cual no sería su asombro al ver que su tío le abría la puerta.

—¡Usted aquí!

—Sí; yo me encargo del plico de esta señora...

—Tío, pero usted ya no... ejerce.

—No importa; ha sido cliente mía, y yo podré aconsejarla mejor. No te ocupes de esto.

—Bien.

—Cuando vaya el preceptor á casa, haz el favor de darle la cuenta, que para ejercer el Derecho me parece que tú solo te bastas y aun te sobras.

—Está bien.

—Una cosa te suplico, hijo mío.

—¿Qué?

—Que no tomes te.

RAFAEL TORROME



LA VUELTA DE PERSÉFONE, cuadro de F. Leighton



NIDO DESHECHO

No me digáis que las penas no matan ni dañan á la salud. ¿Y si yo os contara la historia de mi amigo Esteban López? Os la voy á referir para que veáis que los dolores pueden transformar al hombre más sano, alegre y robusto en el ser más triste, enfermizo y abatido.

Tenía yo por costumbre ir algunas veces á comer á un *restaurant* modesto. Pues bien, una noche llegué á ese sitio, tomé asiento junto á una mesa y pedí un cubierto. Ya iba en el segundo plato, cuando fijé mi atención en un caballero que comía dos mesas más allá de la mía. Dábame el costado; así es que solo veía de su persona su perfil.

Pero, no obstante, me dije:

—¡Yo conozco esa cara!

Siguió el camarero trayéndome los platos correspondientes á nuestros respectivos cubiertos, cuando en uno de estos episodios del servicio, y no recuerdo con que pretexto, el mozo llamó por su nombre al caballero de al lado, objeto de mi curiosidad, diciéndole:

—¡Don Esteban!

Indudablemente, aquel señor era un amigo mío antiguo, mi mejor amigo en una larga época de mi vida. No pude contenerme, y llamando al camarero, le murmuré por lo bajo al oído:

—¿Ese señor se llama don Esteban López?

—Así se llama,—repuso el mozo, añadiendo:—Es un señor muy bueno. Creo que ha experimentado grandes pérdidas de familia. Ya hace meses que aquí viene siempre solo. Es un buen abonado.

Seguro ya de que aquel comensal era el amigo que yo me había figurado, aproveché un momento en que volvió hacia mí la cabeza.

—¿Don Esteban López?—le dije saludándole.

—El mismo, amigo mío, el mismo,—repuso él con tristeza.—Ya te he conocido; pero des:aba que tu hicieras lo mismo conmigo. ¡Estoy tan cambiado!

Y levantándonos ambos, nos abrazamos efusivamente. El ya había concluido de comer, y se sentó á mi mesa hasta que yo concluyera. Mientras tanto, hablamos de cosas indiferentes. Terminada la comida nos marchamos á la calle.

Ya en ella le dije:

—¡Vamos! Cuéntame ¿Qué ha sido de tu vida?

—Pues, hijo,—repuso él bajando tristemente la cabeza.—Me he quedado viudo... desde hace seis meses. Vivo solo: una asienta me arregla la habitación, y ya has visto donde vengo á tomar mis comidas.

Guardé un rato silencio para no turbar la pena de mi amigo, y de soslayo lo estuve contemplando. Su pelo, que era negrísimo, apareció ya blanco por muchas partes. Su faz, antes sonrosada, se veía amarillenta. Sus ojos brillantes y alegres de continuo, se ensombrecían con un velo de tristeza. Su cuerpo mismo, que había sido siempre recio, y fuerte, y erguido, estaba demasíadísimo encorvado con una fatiga como si sobre los hombros llevara un peso enorme.



Soltando mi amigo un suspiro y consolándole yo con esas palabras propias del caso, le pregunté:

—De suerte que tu hogar...

—¿Mi hogar?—repuso él.—Es un nido deshecho. Y cogiéndome del brazo añadió:

—Si nada tienes que hacer, ven á verlo.

Antes de entrar me preguntó:

—¿Tú te acuerdas bien de lo que era mi casa?

—Sí,—dije.

—Pues, ahora verás.

Y empezamos á subir las escaleras.

¡Bien me acordaba yo de aquella casa preciosa!

Por todas partes objetos de arte. Libros raros, cuadros de mérito, lindísimas porcelanas, muebles de excelente gusto. Y sobre todo la dueña de la casa, la pobre Mercedes, la ilusión de la juventud de mi amigo y el consuelo esperado para su vejez.

Entramos y no pude contener mi asombro. Muchos de los objetos artísticos habían desaparecido; la mayoría yacían por los rincones sin colocar en su sitio todavía. Y papeles rotos por el suelo, pol-

vo sobre mesas y sillas, allí en un hogar cuyo dueño había sido siempre tan cuidadoso.

Después de mi rápida inspección dije á mi amigo, con voz que sonaba á sollozos contenidos:

—La mujer es el alma del hogar; porque con su presencia lo llena y embellece todo. Tienes razón, Esteban, tu casa es un nido deshecho.

J. F. SANMARTIN Y AGUIRRE

LA ELOCUCENCIA

El orador tranquilo se levanta, arde en su frente el rayo de la idea, y el genio que en sus ojos centellea brota como un raudal de su garganta. Su voz, que vibra y llora, gime y canta! en la grandiosa alocución emplea y enmudecen el pueblo y la asamblea mientras la voz se aviva y se agiganta.

Como afilato acero destumbranto, el alma esgrime de furor llena con la voz, con la acción, con el semblante; y al acabar la tribuencencia escena se sienta entre el aplauso delirante del pueblo á quien libró de su cadena.

SALVADOR GONZÁLEZ ANAYA

AIRE

Aire son los suspiros
y las palabras,
aire las ilusiones
que nos encantan;
y en todas partes,
parece que está todo,
montado al aire

Más el aire que lleve
hasta tu oído
estas sencillas notas
de mi cariño,
te hará indudable,
que mi afecto no vive
montado al aire.

JOAQUIN CARRASCO

FALTA UNO

Hacia poco que había pasado la ronda. Manuel se había quedado frente la casa donde vivía la Gasparica, una moza del pueblo que era el encanto de los hombres y la envidia de las mujeres.

Cuando Manuel vio que la ronda se iba perdiendo en la oscuridad de la noche, empezó á templan su guitarra. Hacía diez ó doce días que por cuestión de celos, *ella* le había dado los desmuchaos diciéndole que no se acordase más de ella, que haría ella lo propio con él. Había quedado Manuel muy resentido de la Gasparica, por haberle despedido sin razón, al fundirse en unos amores con otra chica, que por envidia habían inventado infamemente algunos mozos del pueblo. Todas las coplas que los de su ronda cantaban, so las sacaba él de la cabeza y aquel día traía aprendidas unas, que las había inventado el día antes, para cantarlas en la primera ocasión que se le presentase, debajo la ventana de la Gasparica. Y se le había presentado, y teniendo ya bien templada la guitarra, murmuró:

— Ya verás tú si te sale cara la fiesta; ¡me has desmuchaos sin tener ni miña de razón de hacerlo y voy á vengarme!

Empezó Manuel á tocar y al oír la Gasparica los primeros rasguños de la guitarra, fué á la ventana á ver quien era el mozo que se atrevía á los pocos días de haber reñido con *el otro*, á cantar alguna copia amorosa, pero no fué poca su sorpresa al ver que el mozo que creía ella *forastero*, era el mismo de siempre; su Manuel.

— Vendrá á humillarse, — dijo, — y yo le perdonaré si promete no volverme á faltar nunca y quedará él no poco agradecido del perdón y no menos satisfecha yo, de las paces.

Acababa de decir estas palabras la Gasparica cuando la bien timbrada voz de Manuel cantó una copia que decía:

A la moza que yo quiero
la engañaron mis traidores

diciéndola que tenía
yo con otra relaciones.

Gasparica acabó de convencerse de que Manuel iba á cantarles unas coplas para pedirle perdón, porque eso sí, ella fuese por lo muy celosa que era, ó por lo muy bien que habían *tramao* el embuste aquellos imbéciles que la habían engañado, no había creído nunca que no fuese verdad tanta infamia. Pero fuese lo que fuese, no podían vivir los dos sin quererse y tenían que hacer las paces. Y... empezó Manuel otra copia, con la que echaba á rodar lo que había jurado no decir nunca; la honra de Gasparica. Decía así:

A un chico entregó su honra
de este lugar una chica;

si es que no sabís quien es
es una tal Gasparica.

Al oír eso la Gasparica, desapareció instantáneamente de la ventana. Manuel continuaba tñiendo las cuerdas de su instrumento y preparándose para cantar otra copia, cuando apareció Gasparica en la puerta de la calle, con las manos detrás de la espalda, para esconder un enorme cuchillo que apretaba nerviosamente con la derecha. Acercó se á Manuel y dejando caer sobre la guitarra su mano izquierda, pegó sobre las cuerdas tan tremendo puñetazo que no dejó entera una sola.

— ¡Basta ya, miserable! — le dijo —; No quiero que toques más esta guitarra maldita!

— ¡Cantaré sin tocarla! ¡Cantaré sin ella!

— ¿Sin ella?

— Sí; ¡por eso he sacao las coplas, por eso! pa yo cantarlas ahora y pa que las cante luego too el pueblo. ¿No me dijiste que habíamos acabao? ¡Pues acabamos y por eso publico tu deshonra!

— ¡No la publicarás más!

Decir esto y dejar hundido el cuchillo en el pecho de su amante, fué todo una misma cosa. Manuel cayó desplomado en tierra, muriendo en seguida, sin pronunciar otra palabra que un ¡ay! desgarrador.

— Falta uno, — dijo Colas, *el acordeón* de la ronda.

— ¿Quién? — preguntaron los otros.

— Manuel, *el coplero*, — agregó Colas, — que tal vez se habra quedao pa ir luego á casa la Gasparica, pa arreglar *cuentas* otra vez, pues no parece sino que lo trae muy trastornado la muchacha.

— Bueno, — dijo Roque, uno de los que tomaron parte en el embuste, del que fué víctima Manuel, — dejadle que vaya otra vez á encontrarla, que por más ruegos que la haga y por más palabras que la diga, no temáis que alcance nada.

Cuando al día siguiente tuvo Colas noticia de la triste muerte de Manuel, fuése á encontrar á Roque y le dijo:

— Oye ¿no dijiste ayer que Manuel no alcanzaría nada, yendo á encontrar á la Gasparica? ¡pues si alcanzo! y ¿sabes qué? pues... lo que debicáis alcanzar vosotros, sus traidores ¡la muerte!

J. MASSAGUER ROCABERT





FIRMANDO LAS CAPITULACIONES, cuadro de Gallegos



I

Encontrábase tan harto de vivir el pobre Juan, que desesperado un día se echó de cabeza al mar.

Un campesino que estaba trabajando en su heredad lo vió y dijo, santiguándose, poco menos poco más:

«Todos al fin moriremos, y como reza el cantar:
Al que se muere, lo enterrarán..
¡Mira qué pago le dan!

«Con que, chico, feliz muerte, buen viaje y descansa en paz. Yo envidio tu suerte: al menos á ti no te enterrarán...

«Adiós, y si llegas pronto al valle de Josafat, que te vaya bien y espéranos muchos años por allá!»

Más notando que el suicida no se acababa de ahogar, el buen labriego—movido de un arranque de piedad—dejó faena y discurso, corrió en auxilio de Juan y logró, no sin esfuerzo, robarle su presa al mar.

Luchando á brazo partido con aquel loco tenaz, que á la idea de morir se aferraba más y más, pudo conseguir su objeto; pero, al verse libre, Juan—sin darle gracias siquiera

por su obra de caridad,—como alma que lleva el diablo salió huyendo, y al llegar á un bosque se suspendió de las ramas de un nogal.

II

Cuando el labrador volvía en dirección á su hogar, vió á Juan mecerse en los aires; y, murmurando: «¡Bien va!», siguió camino adelante, y en cuanto llegó al lugar coató á su mujer el caso, y ésta, como es natural,

en menos de diez minutos á toda la vecindad, llegando pronto los hechos á oídos del juez de paz.

Llamó el juez al campesino, y le empezó á interrogar con todo el detenimiento que exigía caso tal.

—Cuando lo viste en el árbol (díjole la autoridad), ¿no te se ocurrió de nuevo que le podías salvar de la muerte?

—No, señor...

Cuando lo ví en el nogal, como tenía las ropas chorreando el pobre Juan, (porque se tiró vestido al agua), me dije: «¡Ya! No quiere ir mojado al pueblo

¿y se ha puesto allí á secar!»

CARLOS MIRANDA



ARTE CONTEMPORÁNEO

Muchos son los que se dedican á pintar marinas; aciertan el uno por ciento.

La ola es un mundo; las modificaciones de la superficie y de la luz no tienen un momento de fijeza: por otra parte, los matices del mar no tienen color propio, y quedan excluidos en absoluto los tonos fríos.

Nada más difícil que el problema de la interpretación de esos efectos; el artista debe pasarse larguísima hora contemplando el mar sin más objeto que poder sorprender esas notaciones fugitivas.

En punto á marinas la medianía es insoportable; no se pinta bien sino lo que se dibuja á maravilla; si el artista se contenta con un poco más ó menos falsea el acento y degrada las formas, confundiendo lo foto con lo líquido. De ahí la imprescindible necesidad de que el marinista estudie muy á fondo sus motivos antes de pintarlos. *Pérfida como la onda se aplica lo mismo á la mujer que... á la onda.*



LA BARCA, obra de J. Bartleff

Los buenos marinistas se ajustan á lo que llevamos dicho, y á no pocos de ellos les ha costado una grave enfermedad el imprescindible deber de recoger notas. Porque no sirve pintar tempestades de memoria, dentro del taller, sino que hay que mirarlas y estudiarlas cuando se presentan, para luego con las notas proceder al trabajo definitivo. Y no es menester decir si supone esto molestias, y aun peligros. Hay marinistas para quienes el mar se convierte en una verdadera obsesión; al menor cambio que observan en el cielo, ya están en la ribera para sorprender el aspecto que ofrece entonces «el líquido espejo de las aguas»; por más que á veces sea un espejo eminentemente cóncavo convexo.

Pero si hay artistas concienzudos no faltan otros que creen haberlo hecho todo disponiendo de unos cuantos tubos de verde, azul y blanco; son los que pintan según receta para el mercado donde se surten los que compran cuadros para tapar lienzos de pared ó poner en ricos marcos en el salón. Artistas y Mecenas están á la misma altura.

Inglaterra y Holanda cuentan hoy con los mejores marinistas, pero tampoco faltan muchos, excelentes, en España, y sino ponemos aquí sus nombres es por temor á cometer una injusticia olvidándonos de alguno. Entre los que gozan de más reputación en la Gran Bretaña figura Bartleff, autor de la bella marina que reproducimos en este número.



MAÑANA, cuadro por Alberto Aublet

NUESTROS PINTORES

CECILIO PLÁ

Me propongo hacer con ellos lo que tengo haciendo con los músicos: decir imparcialmente qué son y significan dentro del arte.

Y como, á semejanza del Banco, la valía de los pintores está en su cartera allí iremos á buscar el trazo, la silueta, el apunte, la mancha, los destellos del genio, la inspiración hecha línea, lo que no ve el público, lo que no se hace para la galería, lo que no conquista medallas; pero es el plantel que las produce.

Pues bien, esos trazos, esas manchas las reproducirá el Iris al hablar de cada artista.

Y basta de *introtto*: vamos con Cecilio Plá. De niño no pensó en dedicarse á la pintura; ésta no le atraía. Era la música la que le subyugaba por completo y á toda costa quería ser músico. No dejaba en paz á su hermano Leandro y le asediaba incesantemente para que le diera lecciones. Todo inútil. Leandro se llamó andana y los padres de Cecilio que no estaban tan cargados de recursos como de familia consideraban un lujo las artísticas aficiones del muchacho é hicieron cuanto les fué posible para cortarlas de raíz.

¡Si, si! ¡Bueno era el mocete para doblegarse ante las exigencias de nadie!

—Yo buscaré quien me enseñe,—se dijo, y fué bonitamente á la escuela de artesanos decidido á ser músico.

¡Rara coincidencia! Sorolla aprendía el dibujo en la misma escuela.

¡El dibujo! A Cecilio no le decía nada; lo tenía entonces por tan poca cosa que no merecía fijar su atención.

En cambio ¡con que *amore* estudiaba el solfeo! Allí ponía todos sus sentidos y potencias, haciendo tales progresos que dejaban asombrado al profesor, cada día más chocho con su discípulo.

Por entonces estaba la guerra civil en todo su furor y los chicos de aquella escuela en sus ratos de ocio, se entretenían jugando á los soldaditos. Habían

formado lo que ellos llamaban pomposamente batallón infantil y Plá era su corneta, pero no de mentirijillas, sino de verdad. El chiquelo se agenció, Dios sabe como, un mal cornetucho y lo tocaba aceptablemente.

El maestro de música que debía ser nn bendito, quiso hacer algo por aquel enjambre de pe-queñuelos y se dijo: Si logro que cada uno aprenda á tocar un instrumento, cuando estos chicos vayan soldados ingresarán en la banda y siempre estarán mejor que en filas; de todos modos no les estorbará la música.

Y diciendo y haciendo formó á sus alumnos y les designó, según sus aptitudes, el instrumento con que habían de bregar.

—Tú aprenderás el bombardino,—le dijo á Plá.

¡Oh desilusión! Aquel muchacho que aspiraba á ser un Wagner ó un Meyerbeer, que no llamaba músico más que al compositor, que ansiaba escribir grandes óperas y sinfonías, no podía

comprender que se le hiciera estudiar un instrumento para confundirse entre todos y ayudar á la interpretación de lo que otros creaban.

—No sirvo para músico,—se dijo con desaliento, y desde aquel día no fué más á la escuela. Se pasaba las noches vagando por los alrededores de aquel «centro» de enseñanza; pero sin entrar en él; hasta que un día invitado por otros chicos de su edad ingresó en las clases de dibujo y comenzó el aprendizaje.



Tales fueron sus adelantos que al año pintó, valiéndose de fotografías y grabados, un excelente retrato de Rossini que regaló á su antiguo profesor de música, á aquel que le dedicaba á tocar el bombardino. Desde entonces se apasionó por la pintura y solo pensó en salir de Valencia. Así es que en cuanto con mil fatigas reunió lo suficiente para un billete de tercera se escapó de su casa y se vino á Madrid.



—Solo Dios y yo sabemos,—mo decía Pla en cierta ocasión,—los apuros y privaciones que sufrí entonces, engañando á mi familia, diciéndola que me protegían unos señores acaudalados y asegurándola que vivía como un príncipe.

Pero las cartas de algunos paisanos echaban por tierra aquellos embustes, y solo el padre de Cecilio que esperaba mucho de aquel diablillo rubio, listo, audaz y de gran corazón fingía creerle y le ayudaba enviándole de vez en cuando algún pequeño recurso.

Pla ingresó en la Academia de San Fernando, y como ya sabía con creces aquello que reglamentariamente debía estudiar, no fué á clase en todo el curso. Al llegar los exámenes se presentó y copió una cabeza, la que servía de tema, digámoslo así para el concurso.

—Usted es valenciano,—le dijo D. Federico en cuanto le vió manchar el lienzo, y no ha venido usted á clase en todo el año ¿verdad?

—Sí, señor.

—Siempre pasa lo mismo con los valencianos: se presentan humildemente, y á la chita callando conquistan los mejores puestos.

Su primer cuadro *El Dante*, hecho por entonces, le valió una terzera medalla. En cuanto el padre de Cecilio se enteró de la noticia vino á Madrid, buscó al muchacho, lo obligó á

acompañarle á la Exposición, hizo que le enseñara el lienzo, pidió á los celadores una silla y se pasó un día entero delante de la pintura oyendo lo que las gentes opinaban de ella.

Y al ver que los elogios eran unánimes, y la recompensa merecida se fué á casa abrazó al muchacho y se despidió de él con estas lacónicas palabras:

—Eres un artista: á trabajar.

No anduvo Pla ocioso: al poco tiempo obtenía un segundo premio con su *Entierro de Santa Leocadia*, mas tarde otro por su cuadro *Las doce*, y condecoraciones por *Las heroínas* y *Amor vencido*.

Recientemente ha alcanzado consideración de primera medalla por las *Dos generaciones*. Y no hablo de exposiciones regionales y concursos particulares por no alargar este artículo.

Pla es discípulo de Sala por quien siente verdadero entusiasmo; pertenece á esa hermosa pléyade de artistas en que figuran Benlliure y Sorolla y diríase que su paleta está impregnada con los ricos tonos del país que le vió nacer.

Es un pintor fino con estilo propio, con tendencia definida, con procedimientos que no le llevarán nunca á amanerarse.

Y sobre todo y por encima de todo es un verdadero artista. Lo mismo cuando retrata al rudo obrero con su traje de faena que á la aristocrática dama con sus galas de corte es el pintor elegante, distinguido, respirando siempre esa atmósfera de buen gusto que á tan pocos es dado alcanzar.

Cuenta entre sus discípulos á López Mezquita, el autor del cuadro *Los presos*, y es en su trato particular un cumplido caballero.



PASCUAL MILLAN

AVENTURA DE VERANO

I



UANDO el tren partió, quedóse el pobre *Botones* pensando en la suerte de su amo y en lo malísimamente organizada que está la sociedad. ¡Demonio de mundo! Y que un hombre de provecho como él, hábil como el que más para traer y llevar cartitas y recados no pudiera ir a San Sebastián a lucir su gentileza y su gorra de plato, reluciente como un espejo, entre las chicas de la aristocracia... Vamos, que era para indignarse. Solamente en un caso así se comprende el suicidio.

No le indignaba que no pudiendo veranear él, veraneasen sus amos; éstos merecían eso y mucho más, porque eran dadivosos y amables y según su frase, *se les podía tratar*. Pero pensar que Luisín, el niño de los señores, más llorón que el que inventó las lágrimas, estaba tan ricamente viendo a diario el mar y los barcos! Luisín que no tenía otro mérito que ser gordo... Y todo, ¿por qué? Porque sus padres eran ricos.

¡Vaya una gracia! ¡Así cualquiera presume! Ya podía agradecer el zanganote a que él, como hombre serio é instruido conocía, *La verberna de la Paloma* y no ignoraba eso de comprimirse.

Y el heroico *Botones* salió de la estación, amargado por la idea de que Luisín estaría en aquel momento a la orilla del mar, vestido como un príncipe y llorando como un bruto.

—Aquí, los tíos con pupila,—decía en voz baja,—son los que quieren que el dinero de los ricos, se reparta entre los pobres. El día que eso se haga, ya verá Luisín lo que es el mérito.

La filosofía es el último recurso de los desgraciados. Donde no llega la protesta violenta y bru al, la protesta del hecho—que diría en forma casi ininteligible cualquiera de esos caballeros catvos que escriben para ellos solos,—llega la protesta mansa, pacífica, la protesta interior, que no pudiendo sostenerse en su tesitura heroica, acaba por convertirse en indiferencia, en estoicismo. Y esto le ocurrió a nuestro hombre al poco rato; faltarle de energías para seguir siendo rebelde convirtióse en estoico. Y aquel su uniforme que momentos antes cubriera a Perico Pérez, *botones* de profesión, cubría ahora a un Zenón de doce años, que si no se conformaba con la injusticia, por lo menos la aceptaba resignado.



II

Mientras el pobre *Botones* filosofaba de tal modo, su amo, el rico banquero D. Fermín Tosores, cómodamente instalado en un vagón de primera, corría hacia San Sebastián. El tren en su marcha presentábase paisajes de artística sencillez, que no se dignaba mirar.

Sólo dos cosas terrenas encantaban a D. Fermín: los cupones del Banco y las barrigas desarrolladas con exceso. Los hombres flacos creíalos seres inferiores que castigaba con el más soberano de sus desprecios.

Y por delante de las ventanillas del vagón que ocupaba, seguían desfilando, al parecer, los árboles y palos del telegrafo. Un poeta de abracadabrantes similes, hubiera dicho al verlos que parecían disputarse el soberbio premio de una carrera olímpica. Y pasaban también las montañas enormes y severas como patriarcas,—otra frase

del poeta,—erizadas de peñascos aterradores como procesión sangrienta, que amenazaban desplomarse con épico fragor. Y cubriéndolo todo, el cielo teñido del color que prefieren los modernistas: de azul;



aunque yo creo que los modernistas no son en eso sinceros... Don Fermín indiferente á todo aquello...

Tenía el banquero verdadera impaciencia por llegar á la capital guipuzcoana. Su mujer y su hijo llevaban cerca de un mes veraneando en aquella población, y claro, nuestro banquero sentía potentes deseos de dar un beso á su chiquitín y un abrazo á su Conchita, de la que á juzgar por la edad, pudiera muy bien ser su padre

III

Conchita era una mujer de treinta años, mediana estatura, ojos negros, finos y sonrosados labios, pelo rizado y andar elegante. Tornada como la de una Venus de mármol, estaba su garganta,

... y el blanco pecho
de frescas rosas y jazmines hecho.

Era su diversión favorita ascender á los más altos picos de las montañas. Diversión que llegó á constituir en



ella verdadera manía. Hacía las excursiones, generalmente sola y vestida con un traje *ad hoc* que realizaba su admirable hermosura. Este fatigoso entretenimiento causó su pérdida.

Una tarde, días antes de la llegada de su marido, ocurriósele subir á una montaña desde la cual, se divisaban los pueblecillos cercanos. Brindose á acompañarla un joven aristócrata madrileno amigo de D. Fermín, aceptó Conchita, y allá se fueron los dos á regocijar la vista con detrimento de los pies.

Era Conchita ligera de cascos, como mujer joven y bonita que tiene un esposo viejo. Además, las operaciones de banca aborrecíalas profundamente. Al revés de su marido, y más ambiciosa que él, no veía la vida como una suma, sino como una multiplicación. Su acompañante era un hombre *corrido*, que disintiendo de ambos citados modos de ver, juzgaba la vida como una división.

Tras algunas breves paradas, llegaron á la cumbre; el aristócrata galanteando á Conchita, Conchita dejándose querer.

Una Peña les sirvió de asiento, reanudándose el asedio que tuvo por final un abrazo inocente...

Dicen que Dios lo creó todo. Todo, menos los fotógrafos, que fueron hechos para amargar la existencia de sus pobrecitos hermanos.

Un fotógrafo, es decir, un demonio, apareció cargado con la máquina al pie de la montaña. Vió la pareja, y considerando que era una preciosa adquisición para su galería, preparó los chismes y... ¿Por qué se inventarían las placas?

IV

A los dos días de llegar D. Fermín á San Sebastian, pedía instrucciones á un abogado para divorciarse de su mujer. Y este propósito lo fundaba principalmente en que el aristócrata era, según se decía, *despreciablemente delgado*.

Hasta Madrid llegó la historia de un cierto retrato comprometedor. El *botones* al enterarse de los nombres de los protagonistas, exclamó filosóficamente:

—¡Válgame y la que se arma si hubieran entrado fotógrafos en casa!..



JULIO POVEDA

PEPITORIA

A NUESTROS LECTORES

Obligados á corresponder al constante favor que dispensa el público á IRIS y dispuestos á satisfacer los deseos manifestados por muchos suscritores y compradores de esta revista, comenzaremos desde el próximo número la publicación de una novela, encuadernable aparte, y profusamente ilustrada por distinguidos artistas.

En nuestro empeño por dar una producción de sobresaliente mérito hemos elegido la admirable novela de C. Parry BAJO UN DISFRAZ, que no vacilamos en calificar de modelo en su género por su originalísimo argumento, su insuperable interés y la belleza del estilo.

Nuestros lectores podrán apreciar muy pronto la estricta verdad de lo que manifestamos, y no dudamos habrán de saborear con especialísimo deleite aquellas páginas que tanto cautivan la atención y tan nobles sentimientos despiertan.

Aparte de esto, no será la última innovación que introduzcamos en IRIS, llevados de nuestro afán de mantenerlo siempre en primera línea entre las publicaciones de su clase.

En Madrid representante es Felipe Sanmartín del notable callicida del doctor LADIVONSIM.

Eufemismo, ó si se quiere, hipocresía de los ingleses: en lenguaje

FRASE HECHA



oficial, las bajas experimentadas en los combates, en muertos y heridos, se llaman *casualidades*.

POESIA POLIGRÁFICA

Después de días de tormentos llanos te en misa con santa calma, y dija para : « ¡Del mal el menos; da el cuerpo al diablo, pero a' el a. mal.

Para completar la precedente poesía se tiene que sucedir cada acentuación por una palabra y extrayendo la última letra de cada una de éstas, en el mismo orden que están colocadas darán el nombre de una piedra preciosa.

NOVEJARQUE

YOLANDA

Muchas personas han extrañado que se haya impuesto este nombre

á la princesa primogénita de los reyes de Italia. No tiene, sin embargo, nada de particular, pues es la variante francesa é italiana de *Violante*, nombre nada raro en la cronología de las reinas de Castilla y Aragón. Como en la casa de Saboya hubo en *ella* *tem* *pore* algunas Yolandas, se ha querido restaurar, por decirlo así, este nombre, como en España, al cabo de más de cinco siglos, se resucitó el de Alfonso.

CUENTO

Tanto bebía Perico que un día su hermano Esteban, le dijo: «El vino dichoso acaba con tu existencia, y es que bebes con desorden, pues si bebieses siquiera con regla, ya se podría pasar costumbre tan fea.—Al otro día, Perico presentóse en la taberna con una regla magnífica del escritorio de Esteban. Preguntóle el tabernero: —¿Para qué ese chisme lleva? Y le contestó Perico, apurando el Valdepeñas: —Pues ná, que quiero mi hermano que me emborrache con regla.

FERNANDO FRANCO

PLUMAZOS

¿Quieres saber lo que dije cuando vi pasar su entierro? ¿Quién quiera más ilusiones... búsquelas en ese féretro!

Las soluciones en el próximo número.

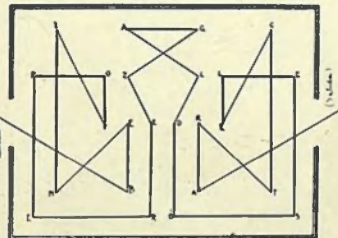
SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Jeroglífico.—

Entreabre gitánilla tus ojos negros que al sol le ha dado ganas de verse en ellos.

Entretenimiento.—



Si siguiendo la línea se verá que se lee: BENITO PEREZ GALDÓS ELECTRA

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

F. L.—Huelva.—Bonitos versos: se publicarán, tarde ó temprano.

J. P.—Valencia.—Hay en esas postales locorecitaciones y ríspas que las hacen infesicables (este adjetivo es para uso exclusivo de las Correspondencias particulares).

A. X. A.—Valencia.—Pongo en su conocimiento que los versos de los sonetos, por culpa del que los inventó, tienen no once sílabas, sino catorce.

J. C. O.—Canta.—En esos sonetos hay imágenes y pensamientos bonitos, y realmente poéticos, pero la forma deja algo que desear.

V. J. R.—Es imposible que nada, á no ser un Eliseo Reclus, advirta que el río señalado en el pedazo de mapa mudo del jeroglífico sea el Po. Además, la isla en cuestión se llama Fernando Póo, con dos oses.

R. N. M.—El asunto es endeble, por más que esté bastante bien desarrollado.

F. O.—Astorga.—Insertaremos *Pobre angel* en su tiempo y sazón. Los epigramas ¡imposible!

Doctor Zumel.—Córdoba.—Sólo serviría algo de lo que ha enviado; muy poco.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTISTICA Y LITERARIA * INSERTARSE O NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBÉRICA», PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

